



Abel González Canalejo

PREGÓN **C**OFRADE
DEL
CARMEN
DE
SAN **G**IL **A**BAD

Jueves, 26 de febrero de 2004

Iglesia de San Gil Abad

ADIVINANZA

En la vida, todo, absolutamente todo, tiene su ventaja y su inconveniente.

Su lado positivo y su lado negativo.

Es ésta una impronta que nos ha sido inculcada desde nuestra más temprana infancia. En los tebeos, en las películas, en los juegos – buenos y malos, policías y ladrones, vaqueros e indios – y como no, en nuestros pasos de misterio.

Del lado de los “buenos”: San Juan, José de Arimatea, Nicodemo, María Salomé, María Magdalena, María de Cleofás, Simón el Cireneo, los apóstoles salvo Judas, el buen ladrón Dimas (por los pelos), el diminuto Zaqueo subido a la palmera de la Borriquita, la Verónica del Valle, Santa Marta... y así hasta Claudia Prócula y Longinos arrepentido.

Del lado de los “malos” quedan: el mal ladrón Gestas, los jueces Anás, Caifás y Herodes, los alguaciles y sayones empuñando sogas, cañas... o flagelos en las Cigarreras, o alzando la mano en la Bofetá, o dando lectura a la Sentencia, o haciendo mofa en S. Esteban.

Y en la duda, dudando siempre dudando, Pilato y su Tercera Legión.

El bien y el mal como dos principios universales, reales y opuestos, es una concepción filosófica tan asentada en nuestro inconsciente colectivo que nos resulta totalmente cotidiana.

Es lo que los pensadores llaman “dualismo maniqueísta”. Y que el pueblo, en su sabia filosofía de la experiencia vivida, resume bajo la frase: “todo tiene su pro y su contra”.

En otras palabras: no hay en este Mundo nada absolutamente bueno o malo. Para acercarnos a algo total e irrevocablemente bueno tenemos que aproximarnos a Dios nuestro Redentor y a su Madre y Corredentora María.

De ahí que la diferenciación de “buenos” y “malos” entre los personajes que colman nuestros pasos, se haga en función de la proximidad o lejanía, la fidelidad o antipatía, que estos tuvieron en vida hacia Cristo y María.

¿Y que ocurre con la Cuaresma? ¿Con este compás de espera que acabamos de estrenar no hace aún cuarenta y ocho horas? ¿Es la Cuaresma buena o mala?

A primera voz todos los cofrades respondemos: “más que buena, buenísima”.

Ahí tenemos para demostrarlo los cultos de nuestras hermandades, todo el aire de Sevilla, sus naranjos nevados de azahar, las humaredas de incienso en sus altares, la plata a medio bruñir en sus priostías, la música procesional en sus casas, los ensayos de cornetas y tambores en sus plazas...

...y sus andas itinerantes deambulando por las calles, aún sin figuras ni respiraderos, pero con todo el duende y la gracia de Sevilla en sus andares, al compás de las marchas de un radio-cassette que hace las veces de banda y que ayuda al costalero a llevar el paso como lo manda esta tierra.

Y además de todas esas liturgias colectivas, están las íntimas y particulares de cada cual: la torrija de la madre, el capirote del niño, la foto del abuelo vistiendo su túnica - idéntica a la que ahora se airea en el salón- y un sin fin de pequeños detalles y tradiciones que nos unen a nuestros ancestros y a nuestra descendencia y que nos hacen, en dos palabras, más felices.

Pero... dado que todo en esta vida tiene su pro y su contra, algo de malo habrá de tener la Cuaresma...

Esta reflexión, queridos cofrades, me lleva a contarles el caso de un buen amigo cuyo amor a la Cuaresma y a su hermandad le acarreaba grandes quebraderos de cabeza.

Se trata de un cofrade joven, gran amante de nuestra Semana Santa, que además tenía la dicha o el infortunio de pertenecer a una junta de gobierno. Y digo infortunio por la gran responsabilidad y dedicación que esto conlleva.

Llegadas estas fechas sus compromisos se triplicaban: cabildos de oficiales, ayuda en priostía, reuniones con el resto de hermandades del día, cultos, comunicaciones a los hermanos, planificación de fechas, contactos con el Consejo, con Palacio...

Durante cuarenta días acudía cada mañana a su trabajo con unas hermosas y felices ojeras debidas a las largas vigilias preparatorias de la Semana Santa.

Pero éste no era su mayor problema.

Lo peor era la incomprensión que sufría por parte de su novia. Quien se veía privada de su compañía durante prácticamente toda la Cuaresma. Llegando ella a sospechar que el muchacho escondía algún secreto amorío, siendo ésta la causa de sus tramosos, de su aspecto trasojado, y de su casi crónico cansancio.

-Los celos se han adueñado de ella y ya no sé qué decirle – me comentaba amargamente. Y yo, tratando de ayudarle, compuse para él una adivinanza en la que confesaba su oculto delito, su amor taimado, y letra a letra, se iba desgranando el nombre de su secreta amante.

Decía así:

*Sé que lloras a escondidas
Que te consumen los celos
Porque hay otra a la que quiero
Más que a ti, que eres mi vida.*

*No me pesa la conciencia
A pesar de que ello es cierto.
Y te digo en este verso,
Que su nombre comienza:*

*Con la **S** del Silencio
De ese Cristo penitente
Que al abrazarse de frente
A la cruz de su tormento,
Se hace semilla y simiente
Del más bello sentimiento.*

*Sentimiento de Esperanza,
Con la letra **E** comienza.
Sentimiento que me tensa
La emoción en la garganta,
Y en piroppo se condensa
Cada vez que Ella avanza.*

*Por San Roque y Trinidad,
por Macarena y Triana,
nos deja la soberana
su estela verde al pasar.*

*Como habrás notado ya,
también el verde se escribe
con la letra que ahora sigue:
la **V** de la Verdad.*

*La Verdad que con su luz
va iluminando el sendero
que va marcando el madero
de la bendita Vera-Cruz.
Y es camino verdadero
que conduce a la virtud.*

*La virtud de la inocencia
del niño en la Borriquita.
Cuando al padre le palpita
el corazón con violencia,
al ver que no marchita
su fe cofrade, su herencia.*

*Tras la **I** de la inocencia,
va la **L** goteando.
Como lágrima bendita,
si la **L** se duplica
la lágrima se hace **LL**anto.*

*Y con la **A** terminamos,
del alfabeto, la primera.
Que al llegar la primavera
y su Domingo de Ramos,
nos da lo que más amamos:
Del almendro, la blancura.
De azucena, la dulzura.
De azahares, el olor.
Con el Cristo del Amor,
y a los sones de Amargura.*

*No me llores, criatura,
que este nombre que te digo
es un nombre de mujer.
Y la tengo que querer
más que al aire que respiro.*

*Pues su voz es un suspiro,
y su aliento es el rocío,
y su vientre como un río,
y sus caderas las orillas.
No me llores, amor mío,
que esa mujer, es SEVILLA.*

GLORIA Y PENITENCIA.

*Reverendo Padre,
Querido Hermano Mayor
y Junta de Gobierno de la Hermandad de Ntra. Sra. del Carmen de San Gil Abad,
macarenos carmelitas, cofrades y amigos.*

Quisiera que mis primeras palabras fuesen de gratitud hacia esta hermandad de gloria ya casi centenaria, que pone en mis hombros el infinito privilegio y la terrible responsabilidad de guiar hoy esta exaltación cofrade.

Y quisiera, como no, agradecer a su Consiliario Primero su cálida presentación y sus inmerecidos elogios. Más aún, sabiendo cuánto amor y dedicación ha volcado en la organización de este acto.

El pasado 2003 ha sido un año especialmente fértil en efemérides y estrenos para Sevilla, su Iglesia, y sus hermandades y cofradías. Tanto, que difícilmente hallaremos en la memoria otro que le iguale a este respecto.

Celebramos el Centenario de la Concordia entre las hermandades del Gran Poder y la Macarena; conmemoración que aunó, más si cabe, a dos corporaciones que son los auténticos buques – insignia de nuestra Semana Santa.

Además, Sevilla dio un nuevo nombre al santoral: Santa Ángela de la Cruz. Pocas veces hubo altar tan merecido como el de aquella que seguirá siendo siempre en nuestros corazones “Madre Angelita”.

Y también ha dado Sevilla en el pasado año un nuevo príncipe a la Iglesia. Hecho largamente esperado por toda la feligresía y que habrá de alegrarnos doblemente, porque además de convertir nuestra ciudad en sede cardenalicia, la hace púlpito y cátedra de toda la humildad y caridad propias de Francisco de Asís, de mano de nuestro Arzobispo Fray Carlos.

Como ven, hay mucho de qué hablar. Queda mucho que andar esta noche y para ello debo antes de nada pedir - como manda la tradición- venia a todos ustedes: cofrades de Sevilla.

Es tarea siempre imposible anunciar en pocas palabras un acontecimiento tan alto, ancho y profundo como nuestra Semana Santa. Posiblemente la celebración religiosa más rica y hermosa no sólo de la Catolicidad, sino de todo el Mundo Cristiano.

Y sería misión inútil iniciar esta andadura si ustedes no me dan su venia, su permiso, para officiar esta noche como su diputado de tramo e intentar con mis pobres palabras guiarles a través de esas calles del recuerdo, del sentimiento, y de las imágenes comunes que llegadas estas fechas se agolpan en el fondo de nuestras almas.

Demen su venia, cofrades, para hacer, sólo por esta noche, Cruz de Guía de mis versos y llevarles pasito a paso por la Carrera Oficial de esta Cuaresma que ha de desembocar en la Gloria del Domingo de Ramos.

Siéntanse en su casa. Sientan de nuevo el rostro cubierto, el pie descalzo, el esparto y el cingulo, el paso “racheo” en los oídos, y la cera quemándoles la mano.

Veán esta noche Sevilla a través de los orificios de su antifaz.

Y si al final no consigo todo esto, júzguenme severamente. Pero de momento, demen su venia para guiarles. Abran su corazón y sus oídos a mis palabras y no tomen mi súplica por cosa baladí.

Les aseguro que no es fácil hablar desde un atril de Sevilla. Donde cada primavera sus hijos se toman la libertad y se ganan el derecho a hablarle a Dios de Tú.

Créanme: no cabe auditorio más erudito y experto que ustedes.

Porque aquí, queridos amigos, el Evangelio se aprende desde la cuna.

Porque en esta universidad sevillana no hablarán los catedráticos... pero los capataces disertan.

Cada trabajadera, es un pupitre.
Cada “chicotá”, una lección.
Cada “levantá”, un dogma.
Cada balcón saetero, un atril.
Cada penitente, un discípulo aventajado.
Cada “mecía”, una oración,
y cada cofrade, un doctor en teología sevillana de a pie.

Por última vez les suplico: demen su venia, doctores de la estética penitente, profesores de la teología nazarena, maestros de la tradición sevillana... en dos palabras: cofrades de Sevilla.

Y hablando de venias, cabe recordar esa venia de paso cien veces pedida y otras cien concedida, que es la Concordia entre el Gran Poder y la Macarena. Cuyo Centenario celebramos el pasado año.

El origen de esta Concordia, el desacuerdo entre las dos hermandades, es de todos conocido: un conflicto de prioridad de paso por la Carrera Oficial en base a la mayor cercanía de unos a la Campana y la mayor antigüedad de los otros.

A nuestros abuelos de San Lorenzo y San Gil tocó resolver las diferencias y firmar el acuerdo de Concordia allá por 1903, con la mediación indispensable y providencial de D. Marcelo Spínola, por aquel entonces arzobispo de Sevilla y hoy paciente beato que espera en su sepulcro catedralicio la culminación de su proceso de santificación.

Don Marcelo, al que por cierto nunca faltan flores al pie de su tumba, ganó para sí el título de Cardenal ya casi al final de sus días. Aunque su precario estado de salud le impidió viajar a Roma a recibir la birreta roja de manos del Santo Padre. La cual hubo de ser enviada a Sevilla en comitiva vaticana bajo la custodia del Marqués de Anticci Mattei – guardia noble del Papa Pío X-

Pero más allá de estos honores terrenales, Don Marcelo se ganó un lugar en el Santoral, así como el sobrenombre de “Arzobispo Mendigo”, por su caridad y entrega a los más necesitados.

Nuestros abuelos, aquellos que firmaron con él la Concordia, llegaron a verle pedir limosna tal como le describe Santiago Montoto:

“... Iba destocado; el Sol lo abrasaba; el sudor bañaba su rostro, lívido, sofocado por el calor agosteño; en sus labios, su inefable sonrisa; su caminar era lento; andaba por las calles céntricas y por los barrios bajos; entraba en los palacios y bajaba a los tugurios. En todas partes tendía su mano esquelética pidiendo para los pobres hambrientos...”

Cuando esto sucedía Don Marcelo ya estaba mortalmente enfermo. Murió poco después pidiendo ser enterrado – ejemplo vivo de humildad- sin pompa ni boato. Pero Sevilla, en su amor, hizo caso omiso de su voluntad dándole sepultura con honores de Capitán General.

A él y a nuestros abuelos les tocó la penitencia del conflicto y su resolución. Y a nosotros la gloria de cien años de Concordia y auténtica hermandad entre los hijos del Señor de Sevilla y su bendita Madre de la Esperanza.

Penitencia y Gloria. Gloria y Penitencia con Macarena y Gran Poder, una tras otro, entrando en Campana en el marco glorioso de la Madrugá penitente.

Y es que Penitencia y Gloria son dos términos indisolublemente unidos:

Está claro que la penitencia pasionista ha de llevarnos cada año a la gloria de la Pascua Florida. Y claro está que hay hermandades que conmemoran la Pasión, Muerte y Resurrección, y otras que celebran el gozo letífico de las Glorias...

... Pero para el corazón del cofrade, del peregrino, o del cristiano en definitiva, las fronteras no están tan claras.

Ya lo decíamos al principio: no todo es absolutamente blanco o negro.

Y es tan corto el trayecto del Domingo de Ramos al de Resurrección, como cortos son los pasos que llevan de San Gil a San Lorenzo.

Si en la Madrugá el tiempo de Penitencia alcanza su cima, para un corazón cofradiero ya es además tiempo de Gloria, a la vista de la segura promesa que se dibuja en la sonrisa de la Esperanza Macarena.

Gloria y Penitencia, Penitencia y Gloria, siempre unidas; siempre hermanadas; todo el año; en todo momento... Y también en este atril, que aún siendo de una hermandad de Gloria, se permite la licencia de hablar de la Madrugá, de la Concordia, del Gran Poder, y de la Macarena.

Porque después de todo:

*Para llegar a la Gloria,
Dios creó la penitencia.
Y para hacer penitencia,
hizo Dios la Madrugá.*

*Y cumpliendo la Sentencia
que antaño fue su destino,
retomó su Cruz de pino
y se puso a caminar.*

*Para mostrar el camino
que hay que seguir, en silencio,
arrancó de San Lorenzo
rumbo a la Catedral.*

*Y en la puerta de su templo,
clavó a tierra su pisada,
y eternizó su zancada
y dio a su gesto humildad.*

*Y ternura a su mirada,
y a sus ropas, movimiento,
y a su boca, vivo aliento,
y a su rostro, humanidad.*

*Dando así lección y ejemplo,
de que aquel que quiere, puede,
y además de poder, debe,
cargar su cruz y callar.*

*Pero fuere como fuere
que el hombre nunca podría
igualar la gallardía
ni el ritmo de su pisar...*

*... quiso la Virgen María
auxiliar al nazareno,
y Ella misma, nada menos,
hasta Sevilla bajar.*

*Y arrancando de su seno
el dolor de su condena,
poner sonrisa a la pena
y luto blanco al ruán.*

*Y a su nombre, Macarena,
y a la noche, luz de cera,
y al invierno, primavera,
y tras el Arco, su hogar.*

*Y paciencia, a la espera,
y templanza a la tardanza,
y consuelo y esperanza
al rigor penitencial.*

*Pero el Hombre, en su andanza,
se desvió del sendero
que le marcaba el madero,
y empezó a querellar.*

*Tomando así un derrotero
que a ningún sitio llevaba,
pues por ciego, le cegaba,
una cuestión de prioridad.*

*Pero Dios, que le observaba,
puso fin a la discordia,
instaurando la Concordia
para escucharse y hablar.*

*Con la Venia y la Concordia,
Gran Poder y Macarena,
remató Dios la faena:
¡Abí quedó la Madrugá!*

*Para poder alcanzar
la Gloria con penitencia.
Pero Dios en su impaciencia
y en su infinita bondad...*

*... equivocó las palabras,
confundió cada sentencia,
porque esa penitencia
era la gloria, además.*

EL PREGÓN CLÁSICO

Sobre la Venia y la Concordia no hay nada más que añadir. Sobre todo habida cuenta del magnífico pregón que el maestro Caro Romero dedicó el pasado 5 de abril a este asunto.

Pregón fuertemente poético, hondamente sentido, cuyos aires de exaltación nos devuelven toda la grandeza de esa pieza literaria que algunos llaman “pregón clásico” sevillano.

Porque en pregones de Semana Santa son tantos los estilos como pregoneros hay: desde las cuasi – arengas patrióticas de García Sanchiz a finales de los años treinta, hasta los discursos más o menos eruditos, más o menos populares, e incluso algo teológicos que hemos venido escuchando a lo largo de estos sesenta y un años de Pregón de Sevilla.

No obstante, algo cambió el 11 de marzo de 1956:

De la mano de Antonio Rodríguez Buzón el verso hizo su entrada triunfal en el Pregón de Semana Santa.

Aquella misma noche, los micrófonos de Radio Nacional de España radiaban la siguiente crítica de labios de Manuel Barrios:

“... Hoy es un día de gloria para Sevilla... Ya sabemos cómo, para cantar a Sevilla, tiene que ponerse en ella cada instante de la existencia; olvidarse de convencionalismos y normas, y hablar sencillamente lo que se ve, lo que se siente, lo que pasa por nosotros cuando la primavera está en nuestras venas y sentimos resbalar unas lágrimas al paso de un Cristo o de una Virgen.”

Despojarse si hace falta de la erudición, de la teología, y del análisis histórico, para centrarse en remover y conmover el alma del cofrade.

Ésa fue la gran aportación de Rodríguez Buzón, quien hizo uso del verso para, ante todo, emocionar.

Versos contundentes, de imágenes claras y métricas barrocas. Donde reinan el soneto, la décima y el romance – herencia de Lope, Quevedo, Góngora y Espinel – como reinan en nuestra imaginería las formas barrocas de Montañés, Mesa, Roldán y Gijón.

Versos escritos a golpe de gubia sobre madera, y sangre pasionista hilvanando versos sobre letra impresa. Ambos, gubia y pluma, evolucionando cada día pero bebiendo siempre de las fuentes del Siglo de Oro español.

Ésa fue, en síntesis, la idea que cristalizó en el estilo de pregón que algunos entienden por “clásico”.

Estilo de pregón que raras veces ha alcanzado cotas tan elevadas como las alturas a las que vuela la pluma de D. Joaquín Caro Romero. A mi modo de ver, discípulo aventajadísimo de Rodríguez Buzón.

Yo, humildemente, tiendo a pensar que ése es el estilo que quiere Sevilla. Aunque a lo mejor me equivoco y es que, simplemente, es el estilo que quiero yo. El pregón que yo amo.

Y aunque el libro de los gustos esté en blanco, este humilde cofrade no puede evitar emocionarse al pensar en la imagen de su máxima devoción – la Esperanza Macarena – y poner en los labios los versos antológicos que uno y otro le dedicaron.

Como aquel: “... *que de frente y de perfil, más buena moza no cabe*” de Rodríguez Buzón.

O aquel histórico: “... *pero como Tú, ninguna*”.

O las reflexiones de Caro Romero sobre las edades de la Macarena: “*¿diecinueve o veinticinco?*”.

Ante tanta genialidad, uno se siente siempre aprendiz, y no encuentra palabras más apropiadas para dirigirse a su Virgen. Y sólo le queda recordar aquel inolvidable poema que comienza diciendo:

*“Se va un siglo y viene otro,
pero Ella siempre se queda.”*

*Y yo quedo estupefacto
por el ritmo y la belleza
y la rima y el sonido
de tan excelso poema.
Que no es verso ni canción
que no es romance siquiera,
porque es más una oración
para el alma macarena.*

*Se va un siglo y viene otro
y seguimos con las cuentas
y Don Joaquín preguntando
qué años cumple su Reina.
Diecinueve o veinticinco
que la edad no es lo que cuenta.
No cumplen años la fe,
la esperanza o la pureza.*

*Y así le habla a la Madre
del Señor de la Sentencia
mejor en verso que en prosa
porque así la gusta a Ella.
Que al compás de rima y ritmo
ajustando bien la métrica,
se le ensancha la sonrisa
y la pena se le estrecha.*

*Y Don Joaquín se hace eco
de las palabras aquellas
que gubiaron el pregón
y a Sevilla y su cuaresma.
Y hace suya la heredad
de la sevillana herencia,
que dio Rodríguez Buzón
quien antes que él ya dijera:*

*Que puede haber otras madres
que puede haber otras reinas
mas como Ella, ninguna,
mas ninguna como Ella.
Porque todo el mundo sabe,
sin que sea una sorpresa,
que de frente y de perfil
no cabe moza más bella.*

*Si Joaquín sigue buscando
con gran tesón y paciencia
una rosa en la ventana
y entre rosas, la azucena,
Antonio sigue hilvanando
con el hilo de un cometa,
sonetos con los luceros
allá desde las estrellas.*

*Y mientras Sevilla tenga
tan destacados poetas
tan soberbios herederos
en el Cielo y en la Tierra,*

*Tan leales pregoneros
como Rodríguez Buzón
y como Caro Romero,*

*Habrá sangre en el tintero.
Habrá tinta en la pasión.
Habrá voz y corazón
que defiendan el talante
de ese estilo que hizo grande
a Sevilla y su Pregón.*

SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ

Turris, Fortissima, Nomen Domini”. Esta leyenda, recogida en el capítulo 18 del libro de los Proverbios, es la que engalana nuestra Giralda por sus costados.

“La torre más fuerte es el nombre del Señor”. Nombre que sus campanas echan a volar a lo más alto.

Veinticinco cuerpos de bronce cada uno con nombre propio: Santa María, San Miguel de las Victorias, Santa Cruz... Veinticinco voces, típles y barítonas, femeninas y viriles, que el pasado 4 de mayo lanzaron al aire sus bronces tañendo el nombre de Santa Ángela de la Cruz.

Si Madre Angelita fuese campana en ese coro, quedaría lejos de la Santa María con sus siete toneladas y media de metal. Sería más bien la menor de todas ellas, la más humilde y modesta, pero su canto el más dulce y reconfortante para el aire de Sevilla.

Permítanme una anécdota al respecto:

No hace mucho, deambulaba por el vecino pueblo de Umbrete disfrutando del aire aljarafeño y recreándome en la blancura de sus casas, cuando descubrí, en una calle cualquiera, un humilde pero delicioso zaguán.

A pesar de su modestia, aquella era la casa más blanca, la fachada más limpia, y la entrada más primorosa de cuantas la rodeaban.

Junto a la antigua cancela, posado sobre un viejo suelo de barro que de limpio, rechinaba, un macetón de "pilistras" constituía el único adorno. Y tan bien colocado estaba, tan cuidadas sus hojas, que confería a todo el zaguán un inconfundible aire de humilde serenidad.

No me sorprendí al descubrir una pequeña placa con el lema: “Casa de las Hermanas de la Cruz”.

Y éste carácter, este cuidado y esmero, este primor y esta alegría de la maceta en su sitio, es lo que – a decir del padre Javierre, su biógrafo- tenía Sor Ángela de sevillana.

Por ello, donde esté una casa de la Compañía de la Cruz estará presente Sevilla.

Y esta atención al detalle, esta cultura de la exagerada pulcritud – legado de Sor Ángela- es puesta por sus hijas en todo lo que hacen. No sólo en sus casas, sino también en aquellos que están a su cuidado.

Salen estos ángeles guardianes de dos en dos, discretamente, al atardecer, para volver a su Casa al amanecer habiendo dejado a los enfermos comidos, limpios, vestidos y medicados.

Como dijera Rafael Laffón: “... *el enfermo sana o muere, más sana o muere en su cama*”.

Donde esté una hermana de la Cruz, estará Sevilla con ella.

La Sevilla que tanto ha trabajado por glorificar el nombre de Sor Ángela hasta elevarlo a los altares, a pesar de que la Madre de los Pobres nada sabía, o nada quería saber, de honores y glorias.

El pensamiento de la fundadora se centraba en la resolución de problemas más sangrantes.

Porque la Sevilla que Sor Ángela conoció y supo ver era muy distinta a la de hoy: baste mencionar que en 1900 era la tercera ciudad del Mundo con mayor mortandad infantil, tras Bombay y Madrás, y la primera capital española en número de enfermos de tuberculosis y hepatitis.

Son las dos caras de la Sevilla del novecientos: Una, la atroz. A la que Sor Ángela dedicó su vida. Y la otra, la hermosa. La que Madre Angelita expresaba, sin quererlo siquiera, con sus macetas y su cal blanca.

A esta última los pintores consagraron sus pinceles y los poetas sus plumas. A esta Sevilla juncal y zalamera que ha sido y será imán de artistas. Porque, ya se sabe ...

*... Sevilla es el embrujo
del que todo el mundo habla:*

*Del Sur del Sol en su cielo,
de la luz de su mañana,
del bochorno de su tarde
rindiendo cada persiana,
la calidez de su noche
que abre todas las ventanas,
de la brisa de su río
que amansa y besa la cara...*

*...De sus jardines floridos,
sus iglesias y campanas,
sus torrecillas esbeltas,
la esbeltez de su Giralda,
de la gracia y la solera
de sus calles y sus plazas,
de sus balcones y rejas
forjados de filigrana.*

*De sus gitanos flamencos
por el Puente de Triana,
de la Cava a San Román,
de San Román a la Cava.
Y de su Feria de Abril,
sus toreros, su Maestranza,
y de su aire y su cielo
al llegar Semana Santa...*

*...Con su Domingo de Ramos,
sus olivos y sus palmas,
su Estrella en el Altozano,
su Amargura encadenada,
al sillón del mismo Herodes,
y su alegría en el alma
al posar la Borriquita
cruz de guía en la Campana...*

... La blanca Paz por el Parque,
la rosa de Santa Marta,
los jardines de Murillo,
y su flor, la Candelaria,
y otra flor en el Postigo
con el Cristo de las Aguas,
y las Aguas del Museo,
porque agua es lo que falta

en el Barrio de Nervión,
Luis Montoto y la Gran Plaza,
donde Cristo tiene sed,
junto a la antigua Calzada,
en donde Poncio Pilato
por no dar, no le da nada,
para luego sentenciarle
al pisar la Resolana...

... Y Cristo se hace torero,
matador de pura casta,
por el Barrio San Bernardo
el puente y la calle Ancha.
Y también en San Martín
donde Longinos le clava,
para luego arrepentirse
allá en el Cerro del Águila.

Si Sevilla lo habla todo
con sólo siete palabras,
para reír y llorar
con seis términos le basta:
Son Silencio y Gran Poder
en la eterna Madrugada,
y el Calvario, los Gitanos,
y Macarena y Triana...

... Y en Triana muere el Cachorro
con la mirada extraviada,
a los ojos de esa Madre
que revivió de las llamas.
Y a partir del Viernes Santo
Sevilla va amortajada,
con dieciocho ciriales
y muñidor por compañía.

Y sola la Soledad
pero nunca desolada,
que en María Auxiliadora
aún le queda la Esperanza.
Y le queda su Sevilla,
y le queda su Giralda,
y le quedan sus conventos,
sus altares y espadañas.
Todo el amor de sus hijos
y tantas cosas marianas,
imposibles de nombrar
tantas cosas, tantas, tantas...

... Mas si probamos mirar
con los ojos de Sor Ángela,
sólo así podremos ver
de Sevilla, la otra cara...

... Sevilla del novecientos
con las casas anegadas,
con el agua a los tobillos,
producto de las riadas.

A sus anchas la pobreza,
la miseria en cada casa,
la desolada vejez,
la desnudez de la infancia.
La ignorancia en la niñez
y en los adultos la escasa
devoción, fervor y fe,
ya perdida la esperanza.

*Y los hijos de la ira
y su padre, la venganza,
y de vil sangre, la sed,
la locura desbordada,
que en el Moscú sevillano
hizo pira funeraria
con los Cristos y las Vírgenes
y las iglesias en llamas...*

*... Y esa Sevilla sintió
la caricia de Sor Ángela...*

*... Blanca cal a la pared,
a cada puerta, cal blanca,
en cada fuego, una sopa,
en cada casa, una hermana,
velando por el enfermo
anclada al pie de la cama,
que aquí llevan velo blanco
los ángeles de la guarda.*

*Siempre siguiendo el ejemplo,
la doctrina y la palabra,
de aquel que, por perdonar,
hasta a Judas perdonara.
Aquel que todo lo dio
sin que nada le humillara.
Aquel que lavó los pies
de los doce a quien mandaba...*

*... Y tras esta retahíla
que no son más que palabras,
hablad ahora vosotros:
confesádmelo en voz baja.
O gritadlo a viva voz,
que lo griten las campanas,
que se sepa desde aquí
a la Roma Vaticana.*

*Hablad, sevillanos, hablad
lo que a nadie se le escapa.*

*Decid, sevillanos, decid
si no era en vida, ya Santa.*

SEDE CARDENALICIA

Ha sido un regalo de Santa Ángela de la Cruz” – fueron las palabras de Fray

Carlos momentos después de recibir el capelo cardenalicio de manos de Su Santidad.

Sobre la ceremonia, cabe destacar que tuvo un marcado aire sevillano a pesar de que los treinta y un nuevos cardenales procedían de todas partes del Mundo. De ello se encargó la comitiva que arropaba a nuestro arzobispo, la más numerosa con diferencia, de cuantas asistieron a Roma.

Según la prensa, más de seiscientas personas.

Además, el acompañamiento musical del Consistorio tuvo auténtico sabor hispalense, ya que – de manos del padre Ayarra, canónigo de nuestra Catedral- se interpretaron al órgano las marchas cofradieras “Coronación de la Macarena” y “Virgen de las Aguas”, así como las “Sevillanas del Adiós” que tanto gustan al Santo Padre.

Sin duda, Sevilla fue a Roma.

Y sobre el nuevo purpurado, ¿qué decir?... Desde que inició su prelatuza en la diócesis sevillana, toda la ciudad estaba deseosa de verle seguir los pasos de Spínola, Almaraz, Ilundáin, Segura y Bueno Monreal.

Cuando hace veintidós años el joven Fray Carlos tomó posesión de su cargo en Palacio, lo primero que llamó la atención de los sevillanos fue... su elevada presencia física... Vamos, su estatura.

Y sobre este particular sucedió un episodio tan curioso como real que, si me lo permiten, relataré:

Hace ya bastantes años se retransmitía desde una emisora de radio ya desaparecida el tránsito por Placentines de la cofradía del Buen Fin. Corporación que – por franciscana- había invitado a Fray Carlos a presidir la comitiva.

Al micrófono, el también desaparecido Amós Rodríguez Rey relataba cuanto acontecía con su voz de tinaja hueca – a decir de D. Antonio Garmendia-

“En estos momentos hace su aparición la Junta de Gobierno presidida por Monseñor Amigo, arzobispo de Sevilla... Tan alto, tan elegante, tan solemne, tan distinguido, tan reverente, tan humilde... ¡Qué pedazo de arzobispo!

Tal como les cuento sonó por las ondas de la radio. Y pido perdón por lo irreverente de la anécdota pero es que... “esto es Sevilla, señores”.

El caso es que desde el pasado 21 de octubre el arzobispo es cardenal para alegría de toda la ciudad, y que al término de su primera misa como miembro de la Curia Vaticana declaró:

“Estoy convencido de que esto ha sido un regalo de Santa Ángela de la Cruz a la Iglesia de Sevilla que tanto ha trabajado para glorificarla”.

Ya me extrañaba a mí que Sor Ángela no devolviera el honor a la Ciudad tras su canonización.

De ella sabemos que no era amiga de honores y reconocimientos, tanto es así, que cuando el cincuenta aniversario de la fundación de su Compañía de la Cruz el Ayuntamiento le regaló una placa de mármol conmemorativa para ser colocada en la fachada de la Casa General, y dicha placa terminó, vuelta del revés, sirviendo de mesa de cocina.

“Ahora tenemos que ser tan buenas como ellos creen que somos” – se limitó a decir la fundadora.

A parte de su inmenso legado espiritual y moral, la herencia material de Madre se reduce a unos pocos objetos personales que sus hijas guardan como reliquias: su mesa, la sillita donde cosía, sus hilos y agujas, su crucifijo, y poco más.

Por eso yo la imagino en el Cielo, muy apurada, buscando y rebuscando qué regalarle a Sevilla:

*¿Qué te regalo Sevilla?
¿Qué te podría yo dar?
Si tú me colmas de honores
y a mis plantas pones flores
y me elevas a tu altar.*

*Te podría regalar
si tú me dejas, Sevilla,
una flor de mi capilla
en mi urna de cristal.*

*O una brisa de azahar,
O un suspiro de dulzura,
O un ramito de blancura
de pureza virginal.*

*O un redoble de costal,
O un crujir de canastilla,
O un pisar de zapatillas,
O un cimbreo de varal.*

*O cuanto siento al pasar
cada vez que me saludan
Macarena y Amargura
a la puerta de mi hogar.*

*O echar tu nombre a volar.
Poner tu risa, en mi canto.
Tu dolor, en mi quebranto.
Que tu quebranto es mi mal.*

*Para tu nombre, mi altar.
Para tu miedo, mi espanto.
Para tu espanto, mi llanto.
Para tu llanto, el mar...*

*¿Qué puedo darte Sevilla?
¿Qué te puedo regalar?*

*Yo no tengo más ajuar
que un rosario, un misal,
mis agujas, mi dedal,
y una mesita y su silla.
Pero en cambio a ti, Sevilla,
¡Te regalo un Cardenal!*

LA CARIDAD

Sepan, queridos amigos, que el pasado año este servidor de ustedes contrajo matrimonio. Concretamente a los pies del “Cachorro”.

¿Y a qué viene esto en una exaltación cofrade? – se preguntarán.

Verán: el caso es que a la hora de elegir las lecturas para la misa, escogimos – como casi todas las parejas- la Primera Carta de San Pablo a los Corintios.

Este texto, de sobra conocido por todos precisamente por leerse tanto en las bodas, nos habla del Amor. Pero en contra de lo que pudiera pensarse, no del amor matrimonial. Tanto es así, que en las biblias antiguas este “amor” se traducía por “caridad”.

La Caridad no es simplemente la dádiva al pedigüeño, y va mucho más allá del simple reparto de lo que nos sobra a los más favorecidos.

La Caridad es esa clase de amor – regalo directo de Dios- que permite al Hombre mirar a sus semejantes de igual a igual, y quererle de hermano a hermano.

No es posible por tanto la Hermandad sin la Caridad.

Y es además la clase de amor con que Dios nos quiere y con que nosotros debemos quererle a Él. La clase de amor que Juan de Mesa gubió sobre el crucificado de El Salvador.

En su Carta a los Corintios, San Pablo explica esto y además sitúa a la Caridad por encima de la Fe y la Esperanza. Para él es la más excelsa de las virtudes teologales porque la Fe y la Esperanza, obviamente, se irán con la propia muerte.

Es evidente que una vez traspasado el zaguán de la otra vida, ante la presencia misma del Creador, ya no serán necesarias ni la Esperanza en alcanzar nada ni la Fe en lo que ya será evidente a nuestros ojos. En cambio la Caridad pervivirá eternamente en el abrazo amoroso con que Dios nos acogerá.

Sin ánimo alguno de emulación sacerdotal ni intención de realizar aquí una homilía, quisiera recordar brevemente este texto cuya belleza es sólo comparable a su profundidad, y que tan necesario es para el cristiano y el cofrade.

Traducido a versos, viene a decir más o menos lo siguiente:

*Si por tener, yo tuviera
más Fe que ningún hombre,
tanta, que hasta los montes
con su fuerza los moviera.*

*Y si además poseyera
todo el Saber y la Ciencia
y hablara todas las lenguas
de los ángeles y los hombres,
sin Caridad, sería bronce
que tañe con torpe cadencia.*

*De modo que su sonido,
sin Caridad, sólo es eco
que a fuerza de estar tan hueco
resulta ser sólo ruido.*

*Pues no hay mejor contenido
para el alma del cristiano,
que vaciarla a dos manos
repartiendo este carisma:*

*La Caridad es benigna,
no es envidiosa,
ni jactanciosa,
y al ejercerla no se hincha.*

*No la mueve la codicia
y además no piensa mal.*

*No se alegra en la injusticia,
ni se hermana a la avaricia
y se complace en la verdad.*

*Todo lo cree, todo lo espera,
todo lo excusa y lo tolera
y es longánime en la adversidad.*

*Tres virtudes en verdad
dan sentido al sinsentido
de este Valle tan afligido:
Fe, Esperanza y Caridad.*

*Mas todo se esfumará
cuando nos lleve la muerte
y al fin lleguemos a verle
en su Divina Majestad.*

*No hará falta nada más
como es de suponer.
No hará falta ya creer.
No habrá nada que esperar.*

*Pero algo quedará
que en su abrazo fraternal
en el alma crecerá
perviviendo eternamente:
La virtud más excelente.
Esto es, la Caridad.*

¿Y en Sevilla, está presente la Caridad?

Tras haber mencionado a las Hermanas de la Cruz, huelga decir nada más. Pero es que, además, la Caridad como icono – representada como mujer rodeada de niños- está presente en numerosos templos sevillanos. Aquí al lado, por ejemplo, en los frescos que decoran la Basílica de la Macarena.

Y como no, en la fachada del Hospital de la Santa Caridad, en el barrio del Arenal, justo enfrente de la estatua de su fundador – el Venerable Don Miguel de Mañara- quien adelanta el paso entre rosales portando en brazos al desvalido mendigo.

¿Y en nuestra imaginería procesional, está la Caridad presente?

Ya sabemos que sí. Y por partida doble.

De un lado, con el Stmo. Cristo de la Caridad en su Traslado al Sepulcro, quien cada año nos regala su sangre, derramada sobre la rosa que tan primorosamente colocan bajo su mano inerme los hermanos de la hermandad de Santa Marta.

Y de otro lado, con María Stma. de la Caridad en su Soledad baratillera, quien sigue resignadamente bajo palio a su Hijo de la Misericordia muerto en brazos de su Madre de la Piedad.

Por todo esto, cada vez que oigo a alguno decir – sin pensar- que ya no hay Caridad, me enervo y me pregunto con pesar...

*... ¿Cómo es posible que quede
quien a vivas voces niegue
que en Sevilla hay Caridad?*

*No niegues la realidad
sevillano que te quedas
o forastero que llegas
de nuevas a la ciudad.*

*¿No los miraste al pasar?
¿O a lo mejor los sentiste
pero en cambio no saliste
de tu refugio en el bar...?*

*Porque estar ciego, no estás...
Y si es por lazarillo...
... toma tu cuerpo y tu atillo.
Te mostraré la verdad:*

*He aquí el Baratillo
del barrio del Arenal.
Donde en eterna concordia
vive la Misericordia
en brazos de la Piedad.*

*Al amparo maternal
de la Virgen que aquí es,
con su rostro de mujer,
Caridad en su Soledad.*

*Y un poquito más allá,
collación de San Andrés,
yace muerto de través
Cristo con su Caridad.*

*Santa Marta y los demás,
se dan prisa en recoger.
Que no hay tiempo que perder
en llevarle a sepultar.*

*Y su prisa dio lugar
a una ocurrencia azarosa,
que por curiosa y hermosa,
es digna de relatar.*

Verás:

*El Cristo de la Caridad
en su Traslado al Sepulcro,
encontró un rincón oculto
donde poderse parar.*

*Donde poder descansar
su cuerpo muerto y yacente
de la vista de la gente
y su insistente mirar.*

*Era un hermoso lugar.
Un jardín fresco y sombrío
donde el aire, junto al río,
traía aires de mar.*

*El jardín de un hospital
que encerraba en su capilla
un retablo, maravilla,
que gubió Pedro Roldán.*

*Y a los pies del pedestal
de un notable caballero
leal, honesto y sincero,
venerable, el que más,
se quedó Jesús dormido
y ya puesto a descansar,
perdiendo todo sentido
de la noción temporal,
con un callado suspiro
rompió el Señor a soñar.*

*Rompió el Señor a soñar
que una recia voz le hablaba.
Le reñía y regañaba,
le venía a despertar.*

*Era Miguel de Mañara
quien cuatro siglos atrás,
con sus sudores fundara
aquel sagrado hospital,
e hizo todo y no hizo nada,
en su soberbia humildad.*

*¡Despierta, Jesús, despierta,
no te demores ya más!
Que hoy ya es Miércoles Santo
y tu Madre está cruzando
la Atarazana Real.*

*Que la han visto ya pasar
por el Arco del Postigo,
camino del Baratillo,
y va hartita de llorar.*

*Y al quererla consolar,
tomó Jesús en su mano
la rosa que los hermanos,
los hijos de la Hermandad
de Santa Marta cortaron
y en su canasto plantaron
para salvar y guardar,
el recuerdo de su sangre
aún caliente y vibrante
en su lento gotear.*

*Si fue sueño o realidad,
aún está por descubrir.
A mí dejadme dormir
que yo prefiero soñar,
que el Cristo de Santa Marta
sobre su sábana blanca
soñando la Caridad,
al no tener otra cosa
le regaló una rosa
a la rosa del Arenal.*

TRIAINEANDO

Volver al barrio de la infancia y a la casa de la niñez es encontrarse un poco a uno mismo.

En mi caso, es sentir la brisa del río en la cara y el vaivén del Puente al paso de los vehículos pesados – como al paso de un misterio-. Poner rumbo al Altozano recordando las viejas historias sobre la Cava de los Civiles y la Cava de los Gitanos, sobre los corrales de la calle Castilla y sobre aquel farmacéutico que llamaban, por su entrega al vecindario, el “alcalde de Triana”.

Pararme en la cruz de San Jacinto con Pagés del Corro y volver a verme como niño, de la mano de mi hermana, contemplando el saludo de la Salud de San Gonzalo a su vecina Estrella.

Reconocerme en cada esquina bajo un diminuto paso de Cruz de Mayo que no era tal, sino más bien un inocente y destartalado misterio con un muñeco “geyperman” crucificado y dos o tres más vestidos de romanos con corazas y cascos hechos de papel de aluminio.

Sin ánimo irreverente, habíamos llegado a colocar incluso uno a caballo infligiendo la lanzada.

Qué orgullosos estábamos de nuestro ridículo paso y cuán grande la emoción bajo el palet que hacía de canastilla al sentir el golpe de la aldaba que oficiaba de llamador.

Y al entrar en los dominios de San Gonzalo y al caer en la trampa de sus naranjos en flor, me pregunto cada vez: qué es Triana.

Y qué difícil resulta resumir su esencia. Al no ser un barrio monumental, uno no puede echar mano de grandes símbolos, sino que ha de escrutar esos pequeños detalles que conforman su ambiente. Porque Triana, ante todo, es ambiente.

Mujeres que se santiguan al paso por la Capillita del Carmen, patios floridos, macetas en los balcones, y una gracia muy peculiar y característica.

Recuerdo aquella vez que viendo a Ntra. Sra. de la Estrella cruzar el Puente oí a un vecino exclamar: “Mira cómo viene... trianeando”.

“Trianeando”.

Me pareció una expresión mágica, casi hipnótica. De origen incierto y significado difuso, pero que de alguna manera resumía toda esa gracia, todo ese movimiento, todo ese ambiente de Triana, concentrándolo en el vaivén rítmico de sus pasos de Semana Santa.

¿Proviene ese ritmo de los pies de sus costaleros? ¿De las órdenes de sus capataces? ¿Del suave oleaje de sus orillas? ¿Del compás de sus viejas fraguas? ¿O del giro de sus tornos en los alfares?

No lo sé. Para tratar nuevamente de descubrir el significado de esa palabra tendré que esperar al Domingo de Ramos:

*Al esperarla el Domingo,
descubro el significado
de “trianear” a su lado.
En su casa, en San Jacinto.*

*Miro al cielo y no distingo
por más que sigo buscando,
un lucero que, brillando,
tenga aureola más bella
que el destello de esa Estrella
que destella... **trianeando**.*

*Y hay un Cristo trianero
que muestra el Lunes su orgullo,
cuando al andar hace suyo
el pisar del costalero.*

*Y de costero a costero
es su regio porte, tanto,
que parece ir bailando
el Señor de San Gonzalo.
Que su Poder Soberano
lo demuestra... **trianeando**.*

*De una orilla a otra orilla
busco puerto en la ribera,
de la última cigarrera
que le queda ya a Sevilla.*

*Su vaivén de canastilla
pone venda a mi quebranto,
y me eleva de su llanto
para llevarme a la Gloria.
Que a su paso la Victoria
también anda... **trianeando.***

*La Esperanza de Triana
de su barrio, fiel varal,
de sus filas, general,
y en su paso, capitana.*

*Cuando cruza la bocana
de Triana, navegando,
más que andando van remando
los hermanos costaleros
de ese palio que es velero
y navega... **trianeando.***

*Desde la calle Castilla
sobre sus trabajaderas,
otra Madre trianera
viene hecha una chiquilla.*

*El pisar de su cuadrilla
sobre los pies, racheando,
de sus labios va arrancando
una O tan sorprendida,
que hasta a Ella se le olvida
que se mueve... **trianeando.***

*Y con paso de mudá
o pasito a paso lento,
con el Viernes va muriendo,
levantá a levantá.*

*Chicotá a chicotá,
un gitano va expirando.
Y con Él el Viernes Santo
le reza, llora y suspira
a Dios Padre porque siga
su Cachorro... **trianeando.***

Trianeando, trianeando...

*Un suspiro trianero
cruza y viene por el Puente.
Va en su puesto corriente,
de fijador o costero.*

Trianeando, costalero,
*eres puntal de virtud.
Porque sólo quedas tú
entre Dios y el frío suelo.*

Trianeando bajo el Cielo,
*sobre el agua caminando,
a Sevilla demostrando
cómo llorar y reír.
Y vivir, siempre vivir,
trianeando, trianeando, trianeando.*

CRISTO DE LA TRINIDAD

No quisiera dejar este atril sin haber dedicado unas breves palabras de agradecimiento a nuestro célebre imaginero D. Luis Álvarez Duarte:

Gracias D. Luis por haber regalado a Sevilla esa imagen tan primorosa que es el Crucificado de la Hermandad de la Trinidad. Nuevo rostro, desde hace dos años, para la vieja devoción de los hijos de la Esperanza de María Auxiliadora.

Un estreno como ése no es cosa que suceda cada año, pero esta vida de hoy tan ocupada y tan apresurada me impidió en su día ver de cerca la nueva imagen del Stmo. Cristo de las Cinco Llagas.

No obstante, gracias a una buena amiga trinitaria, pude no hace mucho encontrarme a solas con Él en su capilla.

Nada más verle, tuve que reparar en el parecido físico de este Hijo con su Madre, Ntra. Sra. de la Esperanza: La misma ternura en la expresión, la misma delicadeza en las formas, la misma pálida finura en el gesto...

Un pasaje evangélico me vino a la memoria. Aquel en que Jesús, clavado ya en la Cruz, dice a su Madre: *“mujer he ahí a tu hijo”*. Y dirigiéndose a San Juan: *“he ahí a tu madre”*.

Es la durísima realidad del Hijo que se sabe muerto y quiere dejar a su Madre amparada por su discípulo amado.

Al verlos juntos, Madre e Hijo, en su capilla trinitaria, susurré a mis adentros: *“mujer, he aquí a tu Hijo. Señor, he aquí a tu Madre”*.

*Las cejas levemente arqueadas.
El ceño suavemente fruncido.
Sobre el pecho el cabello reposado,
enredado, dulcemente removido.*

*Sobre el rostro leves surcos ha dejado
el trazado de la sangre en su camino.
Y las sienas y los pómulos marcados,
y el semblante de dolor estremecido.*

*En las formas de tu cuerpo relajado
y en el gesto de tu rostro conmovido,
cierto ángel de finura ha guardado
la dulzura de tu último suspiro.*

*Bendita mano tus perfiles ha trazado.
Bendita gubia del madero te ha parido.
¿Qué deseo de Esperanza la ha guiado
que ha captado de tu Madre el parecido?*

CARMEN

Aquí y hoy, en San Gil Abad y en este acto cofrade, un nombre inunda más que ningún otro la atmósfera: Carmen.

Jardín, canción, poesía, flor del Carmelo, estrella del mar, mediadora de las ánimas del Purgatorio...

Todo eso significa y apenas si podemos encontrar un nombre más sugerente en nuestro idioma.

La advocación de Ntra. Sra. del Carmen en Sevilla es muy prolífica. Sus orígenes parecen remontarse al siglo XVI en torno a la Cruz del Rodeo – en la Alameda de Hércules- y la primitiva hermandad que más tarde se asentaría en la calle Calatrava.

En Triana, Ntra. Sra. ya se encontraba en su capillita junto al Puente de Barcas antes de la construcción del actual puente en el siglo XIX.

En Santa Catalina desde 1865, en San Gil desde 1905, y en San Leandro desde 1962 sobre lo que fue la antigua huerta del Carmen.

No obstante, los antecedentes de esta advocación son mucho más remotos: Se remontan a hace más o menos tres mil años, cuando el profeta Elías presintió su presencia en forma de nube blanca salida del mar, oteada desde el Monte Carmelo. Al Norte de Israel, en lo que hoy es la ciudad marítima de Haifa.

Y esperó Ntra. Sra. para mostrarse con su verdadera imagen hasta el 16 de julio de 1251, cuando S. Simón Stock, tras veinte años de vida ermitaña en el interior de un roble, recibió de sus manos el escapulario carmelita.

S. Simón Stock fue, prácticamente, el fundador de la gran familia carmelitana, algo así como lo que fuera para nuestra imaginería sevillana Martínez Montañés.

Y si en Sevilla el cénit del estilo y de la escuela viene de la mano de Juan de Mesa, en España, el cénit de la devoción carmelita viene de manos de Sta. Teresa de Jesús.

Ella inauguró la contrarreforma española negándose a perder la tradición penitente, ascética y eremita del Carmen en un tiempo en que los jercas carmelitas exigían la relajación de las formas.

Además, fue la creadora de un estilo poético, netamente español, que quedó para gloria de la literatura universal: “la mística”.

Aquella abulense de armas tomar, enfrentada a la jerarquía eclesiástica de su tiempo, legó a tocar a Dios con su pluma. Y los que ahora escribimos y versificamos apenas llegamos a rozarle sus descalzados pies.

¿Y en Sevilla? ¿Quedó la poesía mística impresa en Sevilla?

Sí, pero no en papel. Sino en madera.

Nuestros imagineros llegaron a elevar su gubia tan alto como Sta. Teresa elevó su pluma. Volcando toda su Fe, además de su arte, sobre el leño desnudo.

Basta ver si no, la expresión plácida, dulce y casi feliz del Stmo. Cristo de la Buena Muerte a hombros de sus estudiantes – primera cuadrilla de hermanos costaleros- diciéndonos con su gesto que tras la muerte hay un Cielo. Que Él ya está allí. Que hay descanso y luz tras tanta adversidad y oscuridad.

*Estudiante y costalero,
tu Cristo lo va diciendo:
Tras la muerte y el tormento,
nos espera el mismo Cielo.*

*Que al morirse hay un Cielo,
es certeza y no promesa.
Lo escribió Santa Teresa,
y también a su manera
lo grabó sobre madera
la gubia de Juan de Mesa.*

*Ni una sombra de sorpresa,
de temor ni de amargura.
La más radiante dulzura
en su rostro quedó presa.*

*Y al mirarle me atraviesa
toda su paz, su consuelo.
“¡Tras la muerte hay un Cielo!”.
Es lo que viene a decirme.
Y yo sólo sé decirle
lo que otros antes dijeron:*

*Porque espero, desespero.
Pues tan alta vida espero
al ver tu figura inerme,
que más que morir se duerme,
que muero porque no muero.*

*Y en mi muerte sólo quiero
alcanzar por fin a verte,
despertar en tu madero:
Señor de la Buena Muerte.*

Poesía mística hecha madera, como el fabuloso verso que gubiará José Ordóñez sobre el rostro de Ntra. Sra. del Carmen de S. Gil, cuya hermandad está ya a las puertas de su Centenario.

Hace ahora noventa y nueve años desde que D. Marcelo Spínola aprobara las primitivas reglas de la Hermandad.

Casi un siglo en el que la vida, como de costumbre, ha discurrido con sus anversos y sus reveses:

Llegó la Hermandad a poseer gran esplendor y ajuar completo de sayas, insignias, dalmáticas... y sobre todo un originalísimo paso de gloria que mostraba a Ntra. Sra. con su bendito Niño, flanqueada por S. Simón Stock y Sta. Teresa.

Carmen, Jesús Niño, S. Simón, Sta. Teresa y el arcángel recogiendo el blanco manto de Ntra. Sra., componían lo que en tiempos se llamó “un auténtico Misterio de Gloria”, crisol de todo el arte y la particularísima gracia que el barrio de la Macarena imprime a todo lo suyo.

Pero llegados los sucesos de 1936 todo se perdió bajo el fuego. Todo. Comenzando la Hermandad desde 1940 un nuevo amanecer. Un nuevo batallar, día a día, pasito a paso, chicotá a chicotá, para recuperar todo lo perdido en una sola jornada.

Está escrito en el prólogo de sus Reglas: “*la Hermandad siempre ha abogado por la reposición del paso original*”.

Y ahí siguen sus hijos, trabajando pacientemente, como hormigas, para completar la obra que iniciaran sus padres y abuelos.

Padres y abuelos, macarenos carmelitas, que con el escapulario por bandera partieron de la más absoluta oscuridad empujando al Sol con sus propias manos hasta forzar un nuevo amanecer que aún hoy perdura.

No ha llegado el sol al mediodía. Queda mucho que andar y seguimos empujando mientras miramos de reojo el recuerdo ocre de aquellas fotos antiguas.

Fotos que nos muestran un barrio de solera plagado de personajes cuyo tipismo ha hecho historia – todo era tan distinto entonces-

Sombreros de ala ancha, gorras camperas, anteojos metálicos y bigotes erizados, soldados de uniforme con leve plumero sobre la gorra... borricos con angarillas cargadas de pan de Alcalá, tenderetes con sandías y melones de las huertas extramuros...

... y esterones de esparto en los balcones, y paredes encaladas, y una Muralla orgullosa y un Arco desconchado por el que se paseaba, cada mes de julio, aquella Señora de saya y escapulario marrón bajo manto blanco, flanqueada por sus dos santo carmelitas.

Viejas imágenes de barrio viejo y macarenos recios que nos hacen divagar y preguntarnos: ¿Dónde está aquel “Misterio de Gloria” tan macareno?

*¿Dónde están Simón Stock y Teresa?
que en tus andas te daban fiel compañía
¿Es que el tiempo cebó en Ti su mala saña?
¿O es que el Hombre no cumplió con su promesa?*

*Promesa de cuidarte en la certeza,
descuidada, de que nunca pasa nada.
Mas pasó, cuando menos se esperaba,
y la ira, de sus llamas, te hizo presa.*

*Hoy juramos por la sangre de las venas,
que es la sangre de tu barrio y de tu gente,
esa sangre que me enseñó a quererte,
cuando aún no sabía hablar a penas.*

*Hoy juramos nunca más volver a verte,
tu lirio roto y ajada tu azucena.
Y algún día llegar a devolverte,
Tu Misterio de Gloria macarena.*

Cuando Ntra. Sra. tomó asiento en San Gil ya era patrona de la gentes de la mar. Concretamente desde el siglo XVIII.

¿Y por qué quiso anidar esta gaviota marinera sobre la torre de San Gil Abad?
...Si este barrio no tiene río, y esta ciudad no tiene mar...

... La respuesta es tan sencilla...

*Todos somos, Señora, marineros.
Todos estamos cansados de remar.
Contraviento, de luchar y batallar,
en la vida sin descanso y sin consuelo.*

*Todos queremos poner rumbo a tu Cielo.
Todos buscamos vadear la tempestad.
A la orilla de tu Excelsa Majestad,
y en tu puerto, blanca flor del Carmelo.*

*Blanca nube que vio el profeta Elías,
y vuela blanca sobre San Gil Abad,
despejando nubarrones cada día.*

*En la noche, segura estrella polar,
singladura final de travesía,
timón y guía, y estrella de mi mar.*

UNA NUEVA GALILEA

Y finalizo ya, queridos cofrades, proponiéndoles una reflexión que creo que todos nos hacemos casi a diario:

¿Va el Mundo a peor? ¿Tiene el Hombre cada vez menos valores? ¿Eran nuestros ancestros mejores que nosotros?

Según el estudioso de la Roma clásica Robert Graves, ya en tiempos de Tiberio César – esto es, en tiempos de Cristo- los más viejos se quejaban de la pérdida de valores y del rumbo caótico que el Mundo estaba tomando.

Añoraban el espíritu de los fundadores de Roma.

Sostiene este autor que el Mundo ha cambiado relativamente poco desde entonces. Tal vez sí a nivel científico y tecnológico, pero no en los motores que mueven al hombre.

Defiende además que el hecho de que nuestros mayores siempre vean esa tendencia decadente a su alrededor, se debe a que la memoria es selectiva: filtra lo bueno de nuestra juventud, olvidando las vilezas que presenciamos o que cometimos.

Yo no puedo estar más de acuerdo con esta tesis.

Y creo, que si bien es irrefutable que hubo un antes y un después de la venida de Cristo, el Hombre en líneas generales sigue siendo igual de canalla.

Si hace más de dos mil años ya fuimos capaces de apalear, azotar y crucificar a un humilde galileo cuyo mayor delito consistía en predicar el amor fraterno, la concordia entre los hombres y las bienaventuranzas, hoy no somos menos:

Llevamos más de medio siglo consintiendo que se enquistase el conflicto árabe – israelí.

Contemplando impasibles (como el mismo Pilato) cómo la Ciudad Santa se ahoga en la sangre de los continuos atentados suicidas.

Y no hace tanto, permitiendo que la aldea donde viera su primera luz el Hijo del carpintero fuera sitiada por los tanques.

Todos los lugares por donde Jesús pasó y predicó su doctrina de amor, son hoy un campo de batalla.

Hoy, igual que ayer, le seguimos crucificando.

Porque hoy, igual que ayer, la economía manda y lo importante es ganar la partida para llevarse de balde la túnica de Cristo.

¡Qué poco hemos cambiado!

Y entretanto, el hombre sencillo, el cristiano de a pie, el cofrade “raso” – que diría Caro Romero- sigue trabajando modesta y calladamente para hacer de Sevilla un lugar donde pervivan la hermandad, la caridad y la penitencia.

Sobre todo – justo es decirlo- aquellos que colaboran activamente en las numerosísimas acciones sociales de nuestras hermandades y cofradías, desviviéndose por hacer llegar a todos la justicia y la equidad.

Sevilla – ya se sabe- no es lugar exento de maldades, pero por lo menos permite al Hombre encontrarse con Cristo y su Madre en plena calle, bajo cualquier excusa, durante prácticamente todo el año. Y eso, amigos míos, ya es mucho.

Eso es darle al Señor cobijo, vestirle, pasearle y hablarle con familiaridad. Es hacer de esta ciudad su casa por ser la casa de su Madre, Tierra de María Santísima.

Aquí, Señor, te damos la bienvenida cada primavera, y en esta Cuaresma ya te estamos esperando con los brazos abiertos.

Y en este preciso momento, Señor, entre Navidad y Semana Santa, ya estamos rememorando aquella maravillosa historia de tu paso por la Tierra. Historia que dio comienzo cuando, en un humilde pesebre, ya bajo la amenaza de Herodes, el Rey del Mundo nacía mientras el Mundo dormía:

*Mientras el Mundo dormía
en su sueño de ambiciones,
bajo un dosel de traiciones
un tierno niño nacía.*

*Era un niño que traería
consigo, otra alborada.
Tan luminosa y tan clara
que daría Fe y aliento
y Esperanza al sufrimiento
de los que no tienen nada.*

*Y en aquella madrugada
fue que el Verbo se hizo hombre.
Y habitó entre nosotros,
y caminó con nosotros,
y tomó Jesús por nombre.*

*Y Jesús llegó hasta donde
no habían llegado jamás:
dar amor contra maldad,
hacer andar al lisiado,
volver la vista al cegado,
y caminar sobre el mar.*

¿Y qué le dimos en pago?

*Su alto vuelo, abatido.
Su orgullo, pisoteado.
Su resplandor apagado
con un infame soplido.*

*A traición hecho cautivo,
condenado, sentenciado,
y de espinas coronado.
Burlado y escarnecido,
se nos fue con un suspiro
sobre el madero clavado.*

*Dos mil años han pasado
¿y qué hemos aprendido?*

*Tantas veces te mentimos
y a la par nos engañamos,
que a cada paso que damos
otro golpe le imprimimos
a los clavos de tus manos.*

*Y así, te crucificamos.
Con una vez que lo hicimos
aún no tuvimos bastante:
Basta ver Jerusalén
otra vez bañada en sangre.
Y la aldea de Belén
asediada por los tanques.*

*Todo sigue igual que antes
y al mirar alrededor,
yo me atrevo a preguntarte:*

*¿Adónde vas, Señor?
tan cabizbajo y errante.
No hay lugar donde no quieran
volver a crucificarte.
¿Adónde vas tan perdido?
tan sombrío tu semblante.
Que en los ojos se te nota
la pena del emigrante.*

*Pero hay un lugar, Señor,
donde la Fe está en el aire.
Donde la luz y la Gracia
se hacen requiebro y alarde.*

*Donde la espuma y el agua
pespuntean mil encajes,
de candor y de Esperanza
para querer consolarte.*

*Para poner a tus plantas
todo un jardín de azahares.
Para cantar alabanzas
a tu paso por las calles.*

*Un lugar que una semana
toma en vilo su estandarte,
para hacerse escudo y lanza
de la Fe que nos dejaste.*

*Ésta es tu casa, Señor,
Tu bandera y baluarte.*

*Es la Híspalis romana
la que César hizo grande.
Y la Isbilía musulmana
la de la torre almohade.
Y la Sevilla cristiana
que toda entera se hace,
por Leal y por Mariana,
retablo y altar de tu Madre.*

*Y si quieres más detalle,
¡mira a la multitud!:*

*La Caridad es su luz
y brilla cual luna clara.
Ayer con Miguel Mañana,
y hoy con Ángela de la Cruz.*

*Y tu Fe, es su virtud.
Tu Esperanza, su consuelo.
Tu Sentencia, su flagelo.
Tu tormento, su pasión.
Tu mirar, su redención,
y tu Madre, su desvelo.*

*Yo no sé si esto es el Cielo,
si es Sevilla, o es Judea.*

*Pero aquí el Cirineo,
deja la túnica hebrea
y se ciñe un antifaz.*

Y te susurra al pasar:

*Ven, Señor, a mi ciudad.
Ven y bienvenido seas.
Sevilla se ha hecho Judea.
Todo su río, Jordán.
Todo su olor, azahar,
que en el aire se recrea.*

*Y a pesar de la marea
de los tiempos, sólo aquí,
hemos hecho, para Ti,
una nueva Galilea.*

- He dicho-